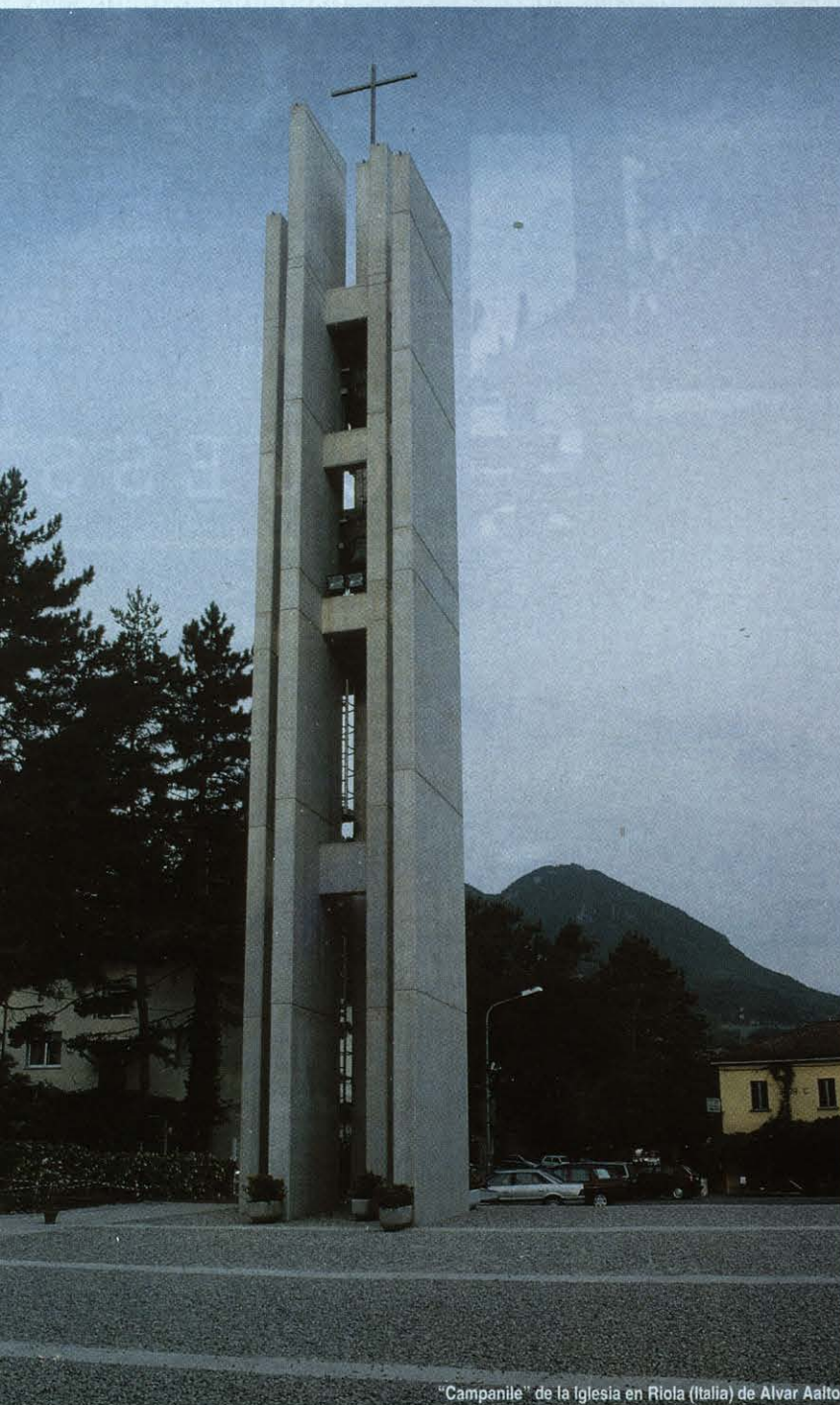


Construir una iglesia

Miguel Ángel Baldellou



"Campanile" de la Iglesia en Riola (Italia) de Alvar Aalto

M. A. BALDELLOU

No hace mucho me refería desde éstas mismas páginas al sentido moral que podía adquirir, hoy, proyectar un museo precisamente en un tiempo histórico en el que este tipo de edificios puede presentarse como paradigma de continentes que, al parecer con gran dificultad, pueden representar muchos de los difusos ideales de la sociedad posindustrial.

Argumentaba entonces que el arquitecto tenía que ser moralmente capaz para que su obra fuese tan ejemplar como los contenidos del museo proyectado.

Más aún que éstos, los edificios religiosos de todo tipo deben ser ejemplares. Los objetivos a los que obedezca, deberán ser, además, reconocibles, intentando expresarles. Por razones aún más claras, por pura coherencia, quien proyecta una iglesia ha de tener una categoría moral indiscutible, fuera de discusión.

La crisis de este final de siglo, no muy distinta a la que permanentemente ha perseguido a nuestro comportamiento individual y colectivo, adquiere además una dimensión desconocida por su magnificación mediática.

En este contexto, la renovación y la vuelta al origen son dos polos entre los que se debate la búsqueda de una arquitectura religiosa capaz de expresar no ya los tiempos reales sino también un tiempo fuera de lugar. Con ello, la sacralización del lugar pretende lo particular para intentar representar lo absoluto.

Pero estas intenciones sobrepasan casi siempre la capacidad del individuo. Se precisa la participación mantenida del grupo (de la iglesia). Por ello, la materialización de una idea de este género no puede ser la consecuencia de un diseño, "inventado" por la voluntad del arquitecto, sino que precisa ser una "construcción" colectiva en la que el proyecto es sólo una parte del proceso.

En este sentido, en las circunstancias dispersas de hoy, construir una iglesia, con pretensión de generalidad o de absoluto, sería importante. Sólo resulta eficaz en términos restringidos y relativos. Habrá, hoy, casi infinitos modelos de calidad que no logran sin embargo concretar un tipo. Pueden, a cambio, producir expresiones que consolidan una cierta poética; pero con gran dificultad, quizás por ello mismo, pueden construir un estilo.

En pocas ocasiones se han dado, en los últimos años, las circunstancias objetivas que han permitido, en el sentido que antes he mantenido, la construcción de iglesias. Al margen de las afortunadas incursiones en el asunto realizadas por algunos arquitectos con poéticas muy "espiritualizadas" (los casos de Plenick, Kahn, Mendelsohn, Aalto, Böhm, Micheluzzi, Benedetti, Fisac, Perea) con producciones muy personales, la construcción de iglesias ha adolecido casi siempre de falta de "programa". Esta circunstancia ha permitido por un lado la formación de contenedores, a veces de gran calidad (el caso de Almendrales de García de Paredes); y por otro, la producción rabiosamente personalizada, favorecida con frecuencia por concursos de ideas convocados de forma un tanto apresurada.

Pueden considerarse excepcionales las circunstancias que han unido una conciencia religiosa colectiva y el proyecto de arquitectos con capacidad poética y emotiva. En estas ocasiones fue clave la figura del "obispo" (gestor y administrador en sus orígenes). El caso Lercaro fue a este respecto paradigmático. La iglesia de Riola en los Apeninos es un excelente ejemplo del feliz encuentro del obispo italiano, el arquitecto Aalto y la comunidad. Como lo fue la serie de iglesias de Micheluzzi.

Sin embargo, me parece interesante observar la importancia que en muchas de las más convincentes (o emotivas) de las aportaciones a la arquitectura religiosa de esta última mitad de siglo han tenido las arquitecturas más desformalizadas y más desornamentadas: las que han recurrido para la emoción al intelecto más abstracto.

Son las que han utilizado para modelar el espacio arquitectónico los recursos más primarios: luz, color, textura... En este sentido, la aportación nórdica me parece fundamental; no sólo Asplund o Aalto, sino también Siren, Piëttilä... El "ascetismo humano" que trasciende de sus arquitecturas silenciosas puede observarse en el origen de las propuestas más convincentes de Europa.

Si el concilio Vaticano II vino a responder a un clima existente de renovación necesaria, con cambios litúrgicos y de estructura de participación de la Asamblea, evidenciando la crisis entre ruptura y continuidad, la arquitectura realizada en su estela, acusó las contradicciones entre las formas asumidas por la historia y la búsqueda expresiva de la nueva situación. La extraordinaria inercia de la tradición arquitectónica se convierte de hecho en un obstáculo, frente al que la creatividad se paraliza. Luchar "contra" esa tradición parece estar en la base de muchas de las propuestas y de los programas de mayor brillantez y menor contenido. Al contrario, parece que con una aparente neutralidad formal (Ando), marginando aquel conflicto, pueden surgir propuestas fuertemente emotivas.

Claro que con independencia de la calidad de la arquitectura, ciertos fervores fanáticos, secuela de etapas históricas pasadas, mueven a una forma de religiosidad multitudinaria.

Dada la extraordinaria oferta de formas arquitectónicas vigentes, la multiplicidad de actitudes de los propios arquitectos ante la concreción de su posible poética y la diversidad de opciones religiosas y su cambiante evolución, es seguramente a la autoridad religiosa a la que le toca elegir, proponer (el programa correcto, el arquitecto adecuado, el objetivo pertinente). En lo que más nos afecta –la elección del arquitecto–, con demasiada frecuencia parece observarse que no recae en la persona más capacitada. Como tampoco parece serlo quien elige. Para este último problema quizás sea buen remedio pedir consejo a quien puede darlo. Para la primera dificultad, una solución estaría en el ejercicio de la autocrítica. ¿Quién se considera suficientemente capaz de afrontar la responsabilidad de proyectar la iglesia? ¿Y de tener la fuerza moral suficiente para contribuir, con su propio proyecto, a la construcción de la iglesia?



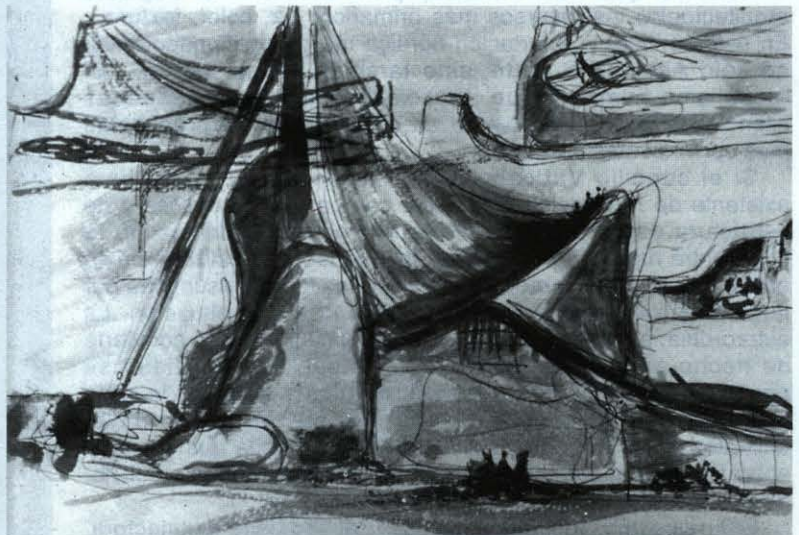
Interior de la Iglesia en Riola (Italia) de Alvar Aalto



Giovanni Michelucci. Iglesia de San Juan Bautista "dell' autostrada". Florencia, 1961.
Vista desde la autopista.



Giovanni Michelucci. Iglesia de San Juan Bautista "dell' autostrada". Florencia, 1961.
Dibujos para el proyecto.



¿Quién es hoy capaz de prescindir de sí mismo para formar grupo con los demás?

Volviendo a nuestra realidad, tras la euforia de construir una nueva iglesia, buscando su forma afanosamente en los concursos, después de una racha de parroquias en los sótanos de los edificios de viviendas, ahora parece urgente la necesidad de levantar nuevas catedrales. Son palabras mayores, escritas casi siempre con negrita y en mayúsculas. Arquitecturas proyectadas sin paciencia, con prisa. Suelen conservar tan sólo, de los viejos tiempos, la presunción y el atrevimiento. Muy pocas veces la convicción, la fuerza, la pasión. En consecuencia, el resultado con mucha dificultad resulta convincente. Menos aun emotivo, memorable. Es perfectamente coherente la vacuidad formal con la ausencia de autoridad moral. ■